

LA ORIENTACION ESPIRITUAL DE RODO

(Artículos publicados cuando la repatriación de los restos del gran escritor.)

El apasionamiento político que en nuestro país suele inducir, hasta a los más exigentes, a tolerar y justificar los errores y las máculas de los vivos, es a veces terriblemente implacable con los muertos. Los actos de innoble vandalismo realizados con motivo del homenaje a Rodó, consistentes en la sistemática destrucción de los retratos y convocatorias y en las tentativas de perturbar con gritos adversos la imponente solemnidad de algunas ceremonias civiles, fueron pruebas tangibles de un encarnizamiento salvaje contra la memoria de quien, por su indiscutida bondad y su preclaro ingenio, parecía puesto a salvo de esos póstumos tiros de flecha envenenada con el "curare" de las pequeñas pasiones de toldería. Fueron la obra del fanatismo politiquero que creía secundar de ese modo, debidamente, los picotazos necrófagos lanzados desde las columnas de sus diarios por el caudillo intransigente... a la criolla; es decir, intransigente con quien no quiere sumarse al ejército de sus incondicionales; pero siempre dis-

puesto a transigir con las culpas pretéritas y las intenciones presentes de cualquier bribón que le rinda acatamiento o de cualquier aliado cuya ayuda considere útil.

Sin embargo nadie hubiese parecido más consagrado a la glorificación unánime por parte de nuestro pueblo, que aquel dulce y serenísimo espíritu que un día evocó la imagen shakespereana de *Ariel* para encontrar en ella el más perfecto símbolo de sí. Y esto lo sentimos todos, hasta el punto de que entre nosotros cuando se dice *Ariel* parece decirse Rodó, como si las dos palabras hubieran llegado a ser sinónimas...

¿Cómo sospechar que las demostraciones reverentes a la memoria de quien fuera sobre todo un maestro de tolerancia, de solidaridad, de idealismo generoso y radiante, habrían de provocar reacciones enconadas y gestos de rencoroso desagrado?

Explicables son esas protestas cuando el muerto que pasa bajo el arco de las consagraciones funerarias, ha sido uno de esos luchadores ardientes cuyos pasos por la vida han levantado gritos de guerra y de odio; uno de esos militantes agresivos que por impulsos del temperamento o imposiciones de la causa sustentada, se han visto obligados a no eludir el cuerpo a cuerpo brutal con numerosos adversarios; uno de esos azuzadores de pasiones individuales o colectivas; uno de esos hombres de acción que han debido hundir su espada en muchos pechos o dejar caer su hacha sobre muchas cabezas; uno de esos polemistas irritados que han zaherido muchas vanidades o atacado muchas reputaciones; uno de esos propagandistas de determinado sistema o determinado ideal que arremeten con pujanza demo-

ledora contra los sistemas opuestos, los ideales contrarios y las personalidades sostenedoras de unos y otros; uno de esos escritores combatientes, sardónicos, incisivos, inconformables, que van sembrando su camino de rencores inextinguibles...

Pero, ¿cómo explicarse esos ademanes airados ante el féretro de Rodó, que siempre hizo prédica reposada, serena, sin acritud, sin irrespetuosidad ni para los hombres ni para las ideas? No olvidamos que actuó en política y que participó en la propaganda de algún diario de combate. Pero, ¿hubo acaso nunca un adversario político más medido en la expresión, más mesurado y noble en el ataque, más tranquilo en la defensa de sus opiniones, más culto en la forma de controvertir y censurar? Combatió gobiernos que no le parecieron buenos; escribió contra ciertos actos gubernativos y contra ciertas orientaciones políticas; fustigó ciertas preponderancias personales; pero nada significan en el conjunto de su obra esos pocos escritos de diario, que ni siquiera firmaba, pues eran simplemente su contribución a campañas periodísticas realizadas bajo la responsabilidad y el nombre de otros; prosa efímera, en una palabra, disuelta en el aire, al lado de la perdurabilidad marmórea de aquellas otras páginas suyas escritas para la eternidad... Como poco significan asimismo, en la configuración definitiva de su gloria y de su personalidad, sus actitudes parlamentarias de oposición a la política de quienes, por motivo de ellas, han querido en esta hora de más altas recordaciones, mantener rebelde la frente, con obstinación grosera, en medio a la universal inclinación de los espíritus.

Y la verdad es que sea cual fuere el concepto que pueda tenerse sobre la actuación política de Rodó, no podrá desconocerse nunca que ella no fué la de un instrumento servil de nadie, ni la de un escéptico sensualista dispuesto a vender su alma al diablo a cambio de una cómoda posición, dos especies de políticos que abundan en nuestro medio y cuya multiplicación nadie ha fomentado tanto como aquel que hoy lo niega porque no se avino a sacrificar sus íntimas convicciones echándose, como otros, de vientre, a las plantas de su olímpica voluntad...

II

“¡Era un reaccionario!” han gritado, finalmente, para ocultar bajo un pretexto ideológico una mezquina causa personalista.

Y porque era “un reaccionario”, nos han reprochado a nosotros el habernos adherido desde las columnas de este diario a la demostración motivada por el arribo y la inhumación de sus restos.

Y bien: si decir que Rodó fué un escritor mediocre, como lo ha dicho su Aristarco de la hora necrológica, es una triste muestra de ofuscación, decir que fué un reaccionario está lejos de ser exacto.

En política habría que definirlo como un liberal, y no de los ortodoxos o manchesterianos (lo prueba su informe favorable a la ley de ocho horas) sino más bien de la tendencia que en Inglaterra apartó al liberalismo de los principios rígidamente abstencionistas en materia social o económica, y en Francia encarnó en el denominado parti-

do radical. Verdad es que en materia religiosa su criterio parecía diferir del anticlericalismo militante de los radicales de todo matiz, pero muchos anticlericales rabiosos del primitivo radicalismo francés, de la fracción originaria, se quedan sin duda atrás de él en el camino de las ideas de reforma social; y váyase lo uno por lo otro! Sin contar con que algunos de los que entonces nos parecían más irreductibles enemigos de la iglesia, mismo entre los radicales de “izquierda”, como Clemenceau, concluyeron haciendo arrumacos al Vaticano, mientras por otro lado mostraban las uñas militaristas, imperialistas y ferozmente conservadoras. sin dejar por eso de ser, para quienes esgrimen en nombre del avacismo su pluma iconoclasta contra Rodó, políticos “avanzados”... Y he ahí que aunque Rodó no haya sido, al menos en sus últimos años de actuación pública, en nuestro país un político de izquierda, mal puede decirse que fuese en este terreno un reaccionario. Sobre todo, podría serlo para quienes han superado realmente sus concepciones sociales y orientan su acción política en sentido profundamente renovador y eminentemente moderno; pero no puede serlo para sus adversarios de aquí y de ahora, a los cuales acompañó en muchas de sus reformas y de quienes llegó a separarse más que por divergencia de miras ideológicas por diversidad de conceptos sobre la disciplina y la solidaridad partidarias. Ayer todavía, el diario del señor Batlle — que calificó a Rodó de reaccionario — traía un artículo de redacción sobre el actual presidente de Francia, Mr. Deschanel, y después de transcribir algunas ideas de su libro *L'organisation de la Democratie* — que Rodó hubiera suscripto seguramente — el articulista co-

menta: "Por eso se puede colegir bien que M. Deschanel es todo menos un conservador."

Sin embargo, Mr. Deschanel — "republicano radical" — que según *El Día* es "un producto neto de los últimos veinticinco años de política francesa, laica y avanzada," no es, ni siquiera en materia religiosa, un espíritu más audaz que el "reaccionario" Rodó. Si éste polemizó censurando la exclusión de los crucifijos de las paredes de los hospitales públicos, creyendo defender así una amplia doctrina de tolerancia filosófica y obedeciendo sin duda también a un profundo sentimiento cristiano — que no es incompatible con los ideales más avanzados (recordemos a Tolstoi); aquél intervino en el debate sobre la separación del estado y la iglesia con un discurso famoso impregnado de rancias ideas tradicionales. Y, por otra parte, lo más moderno de las concepciones reformistas de Mr. Deschanel, y de su programa social, no está en contradicción con el concepto que sobre las medidas de previsión y el reformismo necesario expresara Rodó al informar el primitivo proyecto de ley sobre jornada obrera. Pero hay más: mientras todo el reformismo de Deschanel, o su "intervencionismo estatal individualista" obedece a la confesada preocupación de impedir la precipitación de las fuerzas populares hacia los partidos revolucionarios, oponiéndolo al socialismo colectivista como fórmula de solución de los problemas contemporáneos, en Rodó no asoma el explícito afán de hacer del progreso de la legislación un medio para anular aquello mismo bajo cuya presión se progresa... Probablemente, Rodó — que no era socialista — no habría dejado de compartir todo el incommovible respeto del pre-

sidente de Francia por los principios fundamentales de la sociedad capitalista; pero de los dos quien más cerca está de merecer el mote de reaccionario es aquél que arma sistemas — aunque sean sistemas progresistas — con la esperanza de entretener en ellos, como en un diversículo, como en una restinga, las potentes aguas de la historia, y detener así su inevitable avance hacia las grandes y decisivas transformaciones. Y es a éste a quien *El Día* llama avanzado, después de haber tachado de reaccionario al otro...

Era nuestro compatriota una personificación de la burguesía liberal moderna, y no era ni más ni menos reaccionario en el fondo que cualquiera de esos reformistas moderados con los que dentro del "coloradismo", militó y colaboró mientras no vinieron cuestiones de organización partidaria a colocarlo poco a poco al margen de toda actividad de ese género, para hacerlo entregarse, en los últimos meses de su vida, a las solicitudes de su gran vocación literaria, impulso de su peregrinaje por tierras de donde pudo retornar...

Ah! eso sí; no supo, a pesar de su talento, sustraerse a las sugerencias del medio histórico donde se educó y actuó; y vimos por eso disminuída su personalidad por el vicio hereditario del tradicionalismo partidista. Pero no es ese, ciertamente, un reproche que puedan dirigirle sus actuales censores, afectados del mismo mal, y en forma más aguda y morbosa; por cuanto de Rodó podría decirse que "soportó" la divisa, como algo que se acepta por respeto hacia nuestros mayores (tuvo el culto de los antepasados y la debilidad de las glorias pretéritas) o por no romper con formas y hábitos consagrados, de general prestigio,

y no que la ostentaba con arrogancia más o menos desafiante, como suelen los otros. .

De su partido histórico enaltecía las glorias civiles, la significación trascendente de la Defensa o las luchas cívicas de un Juan Carlos Gómez; pero no hubiera seguramente rebajado jamás su estatura de pensador confundiendo en abrazos histrionescos con anacrónicos caudillos militares para más vivo esplendor de la divisa y en poco edificante holocausto al fanatismo tradicional de las multitudes ignorantes. En ese sentido fué, pues, menos reaccionario que quienes de tal lo motejan.

III

Luego está su obra literaria, que es, como ya dije, la que más importancia tiene para la definición de su personalidad, porque él fué ante todo y sobre todo un literato.

Resplandecen en ella, como astros propicios en un cielo de imperturbable azul, las magnas visiones de la antigua Grecia y del glorioso Renacimiento. Rodó "sentía" y amaba el esplendor de aquellas luminosas edades del espíritu humano. Las épocas de la historia que dieron a la humanidad el más excelso y duradero tributo de belleza artística, debían ser para él — esteta por encima de todo — las más dignas de recordación y también las mejores. Ejercieron ellas sobre su pensamiento una sugestión permanente, y las prefirió sin duda al fárrago de la vida actual, llena de prosaismos épicos cuya atracción no sentía y cuyas fealdades esquivaba. Dominado por su idealismo estético, cayó casi en adoración ante la antigüedad pagana, ante Gre-

cia inmortal, hacia donde dirigía con frecuencia los pasos de su alma seducido por la suprema armonía encarnada en la existencia de seres que fueron la personificación más alta de aquella civilización, sin ver que ese insuperado florecimiento espiritual, se nutría del dolor de otros seres mutilados en sus esenciales facultades humanas por la injusticia de la esclavitud, en cuyas sombras morales no hay armonía de aptitudes ni desenvolvimiento íntegro de la personalidad. . . Pero ese afán suyo de que el hombre se complete a sí mismo, de que conquiste la plenitud del ser, de que viva una vida armónica y abierta hacia todos los horizontes, no es ciertamente un ideal reaccionario. Soñaba con una civilización en que la vida adquiriese un amplio sentido humano y el espíritu, libertado de las rudas y vulgares ligaduras que hoy lo atan a las absorbentes preocupaciones de orden material, pudiera desplegar sus alas remontándose plácida y gallardamente en la luz. Este es el pensamiento que inspira su *Ariel*, exhortación lírica a defender la libertad interior ante las opresiones del medio externo y a salvar las alas íntimas del ideal, de las inexorables tijeras del utilitarismo.

"Suprimir el esfuerzo meramente mecánico — dice un moderno pensador español de los más avanzados de su país — he ahí uno de los graves problemas del porvenir.

Hacer de cada hombre, en todos las funciones de la vida, un ser pensante; he ahí uno de los problemas futuros más difíciles de la pedagogía." Es esa, precisamente, una de las aspiraciones de Rodó.

No hay en esto, nada de reaccionario; y mal podía haberlo cuando ese libro — uno de los más bellos por la

forma y el fondo, que se hayan escrito en América — mereciera el aplauso de un porvenirista como Jaurés, que en los días de su pasaje por el Uruguay, se expresó, en conversaciones confidenciales, con alto elogio de esa obra cuya luminosa idealidad coincidía bastante con ciertos aspectos de la prédica tan intelectualmente elevada de aquel formidable tribuno del proletariado.

Hay, sí, una parte en ese libro donde acusa una preocupación aristocrática contra el igualitarismo esencial de la democracia, mostrándose partidario de las categorías morales e intelectuales y entendiendo, como Renán, que el gobierno de las sociedades debe corresponder a una *élite* del intelecto y del espíritu.

Su horror a la vulgaridad, al brutal materialismo de los apetitos lo lleva a sentir prevenciones contra la ascensión al poder, de las masas incultas; pero aspira a que las masas incultas sean ganadas por la creciente claridad del arte y de la ciencia y se eleven por el refinamiento de sus gustos y la depuración de sus sentimientos, lo que las haría aptas — podríamos decir nosotros — para escalar los más altos destinos sin el temor de que implanten con ello el reinado y la supremacía de la inferioridad... Preocupación de esteta, más que nada; y luego, incomprensión de los verdaderos fines de la democracia igualitaria, que no está reñida, como él pareció creer, con el respeto a los valores intelectuales y morales ni paraliza el funcionamiento de la selección, sino que tiende a permitirle ejercerse con la más absoluta normalidad. Siguió, en ese punto, demasiado al pie de la letra a su maes-

tro Renán, y ese es en toda su obra su mayor pecado de reaccionarismo.

Por lo demás, en una conferencia pronunciada hace dos años, yo ya dije del error de la prédica de *Ariel* en relación con el momento de su aparición y el medio social y económico al cual se dirigía. Después he leído consideraciones semejantes en los trabajos de dos escritores nacionales llenos de talento.

Alberto Lasplaces y Alberto Zum Felde han querido ver, además, una actitud reaccionaria en el amor y la admiración de Rodó por los aspectos radiantes de ciertas épocas pasadas, en su afición por volver los ojos hacia las creaciones del arte antiguo, en su gusto de respirar la atmósfera espiritual donde surgen las grandes sombras evocadoras de edades fenecidas, así como en su aversión a las enormes ciudades modernas donde las muchedumbres se afanan en febriles inquietudes prosaicas y mercantiles, como si Mercurio anduviese revoloteando incesantemente sobre las calles y las casas, acicateando con su tradicional caduceo a los hombres por las espaldas, obligándolos a moverse, a correr tras el provecho, a no pensar sino en la conveniencia y el negocio.

Ya lo dejé consignado más arriba: Rodó no veía belleza en eso. Muy lejos de Emerson, para quien puede haber tanta belleza en el funcionamiento de un banco moderno como en la inmóvil grandiosidad de un templo de Tebas, él no comprendía el himno de las máquinas, de las Bolsas, de los transportes y de los comercios... Pero esto que Alberto Zum Felde, espíritu de espada desnuda relampagueante al sol — y Lasplaces — crítico de certera agude-

za e intención modernísima — le reprochan para clasificarlo casi como un fósil, un ser de otras edades perdido en la nuestra, en la que ha debido buscar con delectación enfermiza el aire de las bibliotecas y los museos antes que el sano y fuerte viento de la existencia contemporánea, no autoriza a desconocerle sus aspiraciones de progreso, ni su conformidad, por lo menos, con la marcha de la historia hacia días mejores para la suerte de todos los aherrojados de esta vida actual — tan llena de sombras — y para los anhelos de quienes, como Rodó, sueñan con la belleza y la armonía y con el triunfo glorioso de la personalidad humana en la afirmación integral de sus virtudes y de sus facultades inherentes.

IV

Hay un agudo escritor contemporáneo, cumbre de la intelectualidad magnífica de Francia, el autor del *Jardín de Epicuro*, que se refugia también entre las imágenes de los antepasados, evocando edades pretéritas, aspirando en los viejos infolios el aroma de las leyendas o de las crónicas en que su espíritu irónico y sutil se complace para reconstruir costumbres extinguidas, escenas olvidadas, gestos abandonados, episodios o seres arrastrados a la distancia por el tiempo...

Y Anatole France ¡no es ciertamente un reaccionario! Su nombre al frente del grupo *Clarté*, es actualmente todo un símbolo de cosas nuevas y de idealidad renovadora. Las miradas que como artista arroja al pasado, no le impiden mirar también de frente al porvenir. ¿Por

qué hemos de hacer del gusto de Rodó por las sombras de Grecia y del Renacimiento, un estigma de reaccionario? ¿Porque no cantaba la epopeya de la vida que pasó ante sus ojos de míope enamorado de los libros? ¿Porque como Walt Whitman no experimentó la emoción de su hora, ni vibró en el ritmo de las cosas creadas por el progreso técnico, si se internó en el alma múltiple y misteriosa de las urbes del siglo?

Exaltar la belleza de los tiempos actuales podrá ser también una preocupación de esteta; pero no forzosamente una preocupación de hombre avanzado. Quedarse extasiado ante la grandeza de las luchas sociales, olvidando sus horrores, será muy estético, pero no es revolucionario. No caigamos en la desviación de creer que el avacismo se demuestra desentrañando la fuerte poesía de los tiempos que corren, palpitante en la intensa pulsación de los afanes, de las batallas, las angustias y los contrastes del día de hoy. El espectáculo de la vida contemporánea bien podía haber disgustado a Rodó, no ya como esteta, sino como hombre justo y bueno. Bien pudo haber combatido el materialismo yanqui señalando los defectos de una civilización en la que el utilitarismo estrecho que todo lo mercantiliza, suprime o reduce las perspectivas ideales del espíritu e impone a la existencia individual y colectiva un sello de rudeza, una fisonomía de avidez sensual, sin el velo embellecedor del ensueño ni la noble serenidad de las aspiraciones desinteresadas. Repugnaba a su sensibilidad el crudo positivismo de una democracia de amasadores de fortuna, dominada por el culto a Mammón. También le disgustó la grandeza norteamericana a Máximo Gorky, que

no es un reaccionario ni un adorador de la belleza inerte y legendaria, sino un hombre actual, bien metido en el trajín de los tiempos, con la mano sobre el pujante pulso de la historia, actor del gran drama de la revolución rusa, como si dijéramos, uno de los demiurgos de un mundo que nace.

Si; un diario como *Justicia* ha podido, sin contradecirse en lo más mínimo la orientación de su propaganda, rendir homenaje al gran escritor nacional, que no fué, como se pretende, un retardatario, un enemigo declarado de las nuevas ideas y de los nuevos hechos, ni siquiera un contemplativo maestro de prédicas inactuales, conservadoras y quietistas. Su "reformarse es vivir" encierra un principio activo que se desarrolla a través de las hermosísimas páginas de *Motivos de Proteo*, donde se canta con lenguaje maravilloso, en mil estrofas diversas, un himno a la perpetua renovación, ley infalible de la vida y secreto de las fecundas inquietudes humanas. Oh, no es un reaccionario por cierto quien así enseña la filosofía del esfuerzo constante hacia la propia perfección en el renovarse empeñoso, que es condición de la voluntad de ser: "renovarse o morir," que dijo el poeta italiano...

Y si no era la suya una enseñanza reaccionaria, y si de su obra viene hacia las almas y los corazones un soplo de optimismo, de esperanza, de fé en las potencias imponderables de la voluntad y del sentimiento, de confianza en las virtudes del entusiasmo y del amor y si pone ella, además, ante nuestros ojos una visión arrobadora de belleza formal haciéndonos saborear el encanto perdurable de una prosa siempre iluminada de pura poesía, en la cual los ele-

vados conceptos morales, las referencias eruditas, los temas de educación, cultivo y perfeccionamiento del yo, adquieren un inmarcesible decoro, bien podemos nosotros, los militantes de un ideal que exalta los más puros prestigios de la humanidad, inclinar nuestras banderas empurpuradas por el sol del porvenir, ante el paso silencioso de esta venerable sombra que irradió tanta luz.

Y podemos abrir nuestro corazón para que en él penetre y descansa, consagrándole la admiración y el respeto con que los pueblos dignos, sin renunciar a su aspiración salvadora de avanzar interminablemente hacia la vida sobre los cadáveres, saben honrar a sus grandes muertos.